

III

El de Farnesio.

I

Los soplos primaverales, con su especie de ilusoria renovación, (todo continúa lo mismo, pero al cabo, *en nosotros*, en lo único que acaso sea real, hay fervorines de savia y turgencias de yemas), me sugieren inquietud de traslación. Me gustaría viajar. ¿No fueron los viajes uno de los goces que soñé imposibles en mi destierro?

A la primer indicación que hago á Farnesio, para que me proviste de fondos, noto en él satisfacción; mis planes, sin duda, encajan en los suyos. Es quizás el solo momento en que se dilata placenteramente su faz, que ha debido de ser muy atractiva. Habrá tenido la tez aceitunada y pálida, frecuente en los individuos de origen meridional, y sobre la cual resalta con provocativa gracia el bigote negro, hoy de plomo hilado. Sus ojos habrán sido apasionados, intensos; aún conservan terciopelos y sombras de pestañaje. Su cuerpo permanece esbelto, seco, con piernas de alambre electrizado. No ha

adquirido la pachorra egoísta de la cincuenta: conserva una ansiedad, un sentido dramático de la vida. Todo esto lo noto mejor ahora, acaso porque conozco antecedentes...

—¿Viajar? ¡Qué buena idea has tenido, Lina! Justamente, iba á proponerte...

—¿Qué?—respingo yo.

—Lo que me ha escrito, encargándome que te lo participe, tu tío D. Juan Clímaco. Dice que toda la familia desea mucho conocerte, y te invita á pasar una temporada con ellos en Granada. Ya ves...

—Ya veo... No era ese el viaje libre y caprichoso que fantaseaba... Pero Granada *me sueña*... ¿Y qué familia es la de mi tío? No lo sospecho.

La cara de Farnesio, siempre sentimental, adquirió expresión más significativa al darme los datos que pedía. Hablaba como el que trata de un asunto vital, de la más alta y profunda importancia.

—Por de pronto, tu tío, un señor... de cuidado, temible. Desde que le conozco ha duplicado su fortuna, y va camino de triplicarla. Está viudo de una señora muy linajuda, procedente de los Fernández de Córdoba, y que tenía más de un cuarterón de sangre mora, ¡tan ilustre en ella como la cristiana! Descendencia de reyes, ó emires, ó qué sé yo... Le han quedado tres hijos: José María, Estebanillo y Angustias.

—¿Solteros?

—Todos. El mayor, José María, contará unos veintinueve á treinta años...

—¡Entonces ya entiendo el mecanismo del viaje, amigo mío! ¿Á que sí, á que sí? No guarde usted nunca secretillos conmigo, Farnesio; ¡si al cabo no le vale! D. Juan Clímaco Mascareñas debía ser el heredero de mí... tía, y yo le he quitado esa breva de entre los dientes. Según usted me lo pinta, codicioso, el buen señor lo habrá sentido á par del alma. Como además es inteligente, ha tomado el partido de callarse y trazar otro plan, á base de hijo casadero... Y como usted tiene la desgracia de tener... buena conciencia... se cree en el deber de auxiliar á D. Juan en el desquite que anhela... y de aproximarme al primo José María ó al primo Estebanillo...

—¡Oh! Lo que es el primo Estebanillo... ese...

—¡Ya! Se trata de José María...

Farnesio calla conmovidísimo, con el respiro anhelante. No se atreve á lanzarse á un elogio caluroso; tiembla y se encoge ante mis sofismas y roncerías.

—Sea usted franco...

Se decide, todo estremecido, y habla ronco, hondo.

—No veo por qué no... En efecto, opino que tu primo José María puede ser para tí un marido excelente, y creo que, en conciencia, ya que de conciencia hablaste, Lina... ya que piensas en la conciencia... ¡porque en ella hay que pensar!... mejor sería que, en esa forma, los Mascareñas no pudiesen nunca... nunca...

—¿Era ó no doña Catalina dueña de su for-

tuna?—insisto acorralándole y descomponiéndole.

—¡Dueña! ¡Quién lo duda! .. Sin embargo... En fin...

Y, cogiéndome las manos, con un baluceo en que hay lágrimas, D. Genaro añade:

—No se trata sólo de la conciencia... ni del daño y perjuicio de tus parientes... Es por ti... ¿me entiendes?, por ti... Cuando un peligro te amenaza, cuando algo pueda venir contra ti..., oye á Farnesio... ¡Qué anhela Farnesio sino tu dicha, tu bien!

Mi corazón se reblandeció un momento, bajo la costra de mis agravios antiguos, del injusto modo de mi crianza, que casi hizo de mí un Segismundo hembra, análogo al anarquista creado por Calderón.

—Lo creo así, D. Genaro. Y como con ver nada se pierde... iré á Granada. Será, por otra parte, cosa divertida. ¿No le agradaría á usted acompañarme?

Se demuda otra vez.

—No, no... *Convien*e más que me quede... ¿Por qué no buscamos una señora formal...?

—¡Déjeme usted de formalidades y de señoras! Me llevaré á Octavia, la francesa.

—Buen cascabel.

—Va para limpiarme las botas y colgar mis trajes. Para lo demás, voy yo.

Se resigna. Él escribirá, á fin de que me esperen en la estación...

Empieza mi faena con Octavia. Es una doncella que he pedido á la Agencia, y que parece

recortada de un catálogo de almacén parisien- se. Á ninguna hora la sorprendo sin su delantal de encajes, su picante lazo azul bajo el cuello recto, níveo, su tocadito farfullado de valenciennes, divinamente peinada. Transciende á *Ideal*, y está llena de menosprecio hacia lo barato, lo anticuado, *les horreurs*. La vieja Eladia, á quien he relegado al cargo de ama de llaves, aborrece de muerte á la «franchuta».

Prepara Octavia genialmente mi equipaje, pensando en ahorrarme las molestias de las pequeñeces, los *petits riens*, lo que más mortifica, la hoja de rosa doblada. ¡Friolera! ¡Hacer noche en el tren! Hay que prevenirse...

—¿Cuándo es la marcha, madame?

—Dentro de una semana, ma fille... Cuando nos entreguen todo lo encargado...

—¿La señorita no tiene prisa?

—Maldita... ¡Figúrate que voy en busca de novio!

Se ríe; supone que bromeo. Es una mujer de cara irregular, tez adobada, talle primoroso. Ni fea ni bonita; acaso, por dentro, ajada y flácida; llamativa como las caricaturas picarescas de los kioscos. Tal vez no muy conveniente para servir á una dama. Pero tan dispuesta, tan complacedora... ¡Se calza tan bien... lleva las uñas tan nítidas!

Al disponer este viaje, advierto más que nunca la falta—en medio de mi opulencia—de lujos refinados. De doña Catalina, que nunca viajaba, no he heredado una maleta decorosa. Encuentro un amazotado neceser de plata, de

su marido, con navajas de afeitar, brochas y pelos aún en ellas. Octavia lo examina. «¡L'horreur!» Recorro tiendas: no hay sino fealdades mezquinas. No tengo tiempo de encargarse á Londres, único punto del mundo en que se hacen objetos de viaje presentables... En Madrid—deplora Octavia—no se halla *rien de rien*... A trompicones, me provisto de *sauts de lit*, coqueterías encintajadas, que son una espuma. Ya florezco mi luto de blanco, de lila, de los dulces tonos del alivio. Batistas, encajes, primavera... Y seda calada en mis pies, que la manicura ha suavizado y limado como si fuesen manos.

—¿Todo esto, por el primo de Granada, á quien no conozco?

No; por mi autocultivo estético. Es que el bienestar no me basta. Quiero la nota de lo superfluo, que nos distancia de la muchedumbre. Lo que pasa es que procurarse lo superfluo, es más difícil que procurarse lo necesario. No se tiene lo superfluo porque se tenga dinero; se necesita el trabajo minucioso, incesante, de quintaesenciarnos á nosotros mismos y á cuanto nos rodea. La ordinariéz, la vulgaridad, lo antiestético, nos acechan á cada paso y nos invaden, insidiosos, como el polvo, la humedad y la polilla. Al primer descuido, nos visten, nos amueblan cosas odiosas, y el ensueño estético se esfuma. ¡No lo consentiré! ¡Mejor me concibo pobre, como en Alcalá, que en una riqueza basta y osificada, como la de doña Catalina Mascareñas, mi... mi tía!

Por otra parte, como no soy un premio de belleza, y lo que me realza es el marco, quiero ese marco, prodigio de cinceladura, bien incrustado de pedrería artística, como el atavío de mi patrona, la Alejandrina, que amó la Belleza hasta la muerte.

En cuanto al proco... ¡bah! Ni sé si me casaré pronto ó tarde, ni si lo deseo, ni si lo temo. ¿Qué duerme en el fondo de mi instinto? Es aún misterioso. Casarse será tener dueño... ¿Dulce dueño?... El día en que no ame, mi dueño podrá exigirme que haga los gestos amorosos... El día en que mi pulmón reclame aire bravo, me querrá mansa y solícita... La libertad material no es lo que más sentiría perder. Dentro está nuestra libertad; en el espíritu. Así, en frío, no me seduce la proposición de Farnesio.

Hago memoria de que en Alcalá, leyendo las comedias antiguas, me sorprendía la facilidad con que damas y galanes, en la escena final, se lanzan á bodas. «Don Juan, vos casaréis con doña Leonor, y vos, don Gutierre, dad á doña Inés mano de esposo... Senado ilustre, perdona las muchas faltas...» Y recuerdo que en una de esas mismas comedias, de don Diego Hurtado de Mendoza, hay un personaje que dice á dos recién casadas:

«Suyas sois, en fin; más ved
que ya en nada quedáis vuestras...»

Pocos maridos recuerdan la advertencia del mismo personaje:

«Y vos, don Sancho y don Juan,
estad cada uno advertido
que el entrar á ser marido
no es salir de ser galán...»

En resumen, mi caso no es el frecuente de la mujer que repugna el matrimonio porque repugna la sujeción. Hay algo más... Hay esta alta, íntima estimación de mí propia; hay el temor de no poder estimar en tanto precio al hombre que acepte. El temor de unirme á un inferior... La inferioridad no estriba en la posición, ni en el dinero, ni en el nacimiento... Este temor, ¡bueno fuera que lo sintiese ahora! Lo sentía en Alcalá, cuando barría mi criada con escobas inservibles... Acaso me ha preservado de algún amorecillo vulgar.

¿Habrá proco que me produzca el arrebatado necesario para olvidar que «ya en nada soy mía»? No sé por dónde vendrá el desencanto; pero vendrá. Soy como aquel que sabe que existe una isla llena de verdor, de gorjeos, de grutas, de arroyos, y comprende que nunca ha de desembarcar en sus playas. No desembarcaré en la playa del amor. Y, si me analizo profundamente, ello es que deseo amar... ¡cuánto y de qué manera! Con toda la violencia de mi sér escogido, singular; como el ciervo anhela los ocultos manantiales...

¿Por qué lo deseo? Tampoco esto me lo defino bien. En tantos años de comprimida juventud y de soledad, he pasado, sin duda, mi ensueño por el tamiz de mi inteligencia; he pulido

y afligranado mi exigencia sentimental; he tenido tiempo de alimentarla; la he alquitarado, y su esencia es fuerte. Mi ansia es exigente; mi cerebro ha descendido á mi corazón, le ha enlorigado con laminillas de oro, pero en su centro ha encendido una llama que devora. Y, enamorada perdida, considero imposible enamorarme...

II

En la estación de Granada me aguardan los Mascareñas.

Desde una hora antes, hemos trabajado Octavia y yo en disimular las huellas de la noche en ferrocarril. Y me he tratado, á mí misma, de estúpida. ¿Por qué no haber venido en auto? Pero un auto de camino, decente, tampoco se encontraría en Madrid, de pronto.

Por fortuna he dormido, y no presento la máscara pocha del insomnio. Mi hálito no delata el trastorno del estómago revuelto. Lo impulso varias veces hacia las ventanas de la nariz, y me convenzo de su pureza. Por precaución, me enjuago con agua y elixir y mastico una pastilla de frambuesa, de las que encierra mi bombonerita de oro, cuya tapa es una amatista cabujón, orlada de chispas. En joyería, está Madrid más adelantado que en *confort*.

Refresco mi tez, mi peinado, mi traje. Me mudo la tira blanca del cuello. Renuevo los

guantes, de Suecia flexible. Atiranto mis medias de seda, transparentes, no caladas (lo calado, para viaje, es *mauvais genre*). Y bien hice, porque al detenerse el tren y precipitarse el primo José María á darme la mano para bajar, su mirada va directa, no á mi cara, sino al pie que adelanto, al tobillo delicado, redondo.

El rostro, verdad es, lo llevo cubierto con un velo de tupida gasa negra, bajo el cual todavía nuba las facciones un tul blanco. Entrevista apenas, yo veo perfectamente á mis primos. José María es un moro; le falta el jaique. Estebanillo un mocetón, rubio como las candelas. La prima, igual á José María, con más años y declinando hacia lo seco y lo serio meridional, más serio y seco que lo inglés. El tío Juan Climaco... De éste habrá mucho que contar camino adelante.

Hay saludos, ceceos, ofrecimientos, cordialidades. Dos coches, á cual mejor enganchado, nos aguardan. En uno subimos las mujeres, el tío Climaco—así le llamo desde el primer momento—y el hijo mayor. En el otro, Octavia y las maletas. Estebanillo lo guía.

La casa es un semipalacio, en una calle céntrica, antigua, grave. ¡Qué lástima! Un edificio nuevo, bien distribuido, vasto, sustitución de otro viejo «que ya no prestaba comodidad». En el actual, obra de mi tío, nada falta de lo que exigen la higiene y la vida á la moderna. Se han conservado muebles íntimos, viejos—bargueños, sillerías aparatosas, cuadros, braseros claveteados de plata—pero domina lo su-

perpuesto, la laca blanca, el mobiliario á la inglesa. Estebanillo me lo hace observar. Angustias—á quien llaman sus hermanos *Gugu*, transformación infantil de un nombre feo—se siente también orgullosa de la educación recibida en un convento del Yorkshire, de que «el niño» se haya recriado en Londres, de los baños y los lavabos de porcelana que parece leche, de esa capa anglófila que reviste hoy á tanta parte de la aristocracia andaluza. Me conducen á mi cuarto, me enseñan el tocador lleno de grifos, de toda especie de aparatos metálicos para llamar, soltar agua hirviendo ó fría... Me advierten que se almuerza á las doce y media. Y el lánguido, fino ceceo del primo José María, interviene:

—No cean uztéz apuronez; la verdá, siempre nos sentamo á la una.

Lo agradezco. Octavia prepara el baño, deshace bultos, y á las dos horas de chapuzar y componerme algo, salgo hecha una lechuga, enfundada en tela gris ceniza, y hambrienta.

Me sientan entre el tío y el primo, que así como indiscretamente escudriñó el arranque de mi canilla, ahora registra mi nuca, mi garganta, hunde los ojos en la sombra de mi pelo fosco. Me sirve con aire de rendimiento adorador, y á la vez con suave cuchufleteo, burlándose de mi apetito. El come poco; al terminar se levanta aprisa, pide permiso, saca accesorios muy elegantes de fumador y enciende un puro exquisito, de aroma capcioso, que mis sentidos saborean. Es la primera vez que á mi

lado un hombre fuma con refinamiento, con manos pulidas, con garbo y donaire.—Carranza, al fumar, resollaba como una foca.—La onda del humo me embriaga ligeramente.

José María tiene el tipo clásico. Es moreno, de pelo liso, azulado, boca recortada á tijera, dientes piñoneros, ojos espléndidamente lucientes y sombríos, árabes legítimos, talle quebrado, ágiles gestos y calmosa actitud. Su habla lenta, sin ingenio, tiene un encanto infantil, espontáneo. No charla; me mira de cien modos.

Reposado el café, surge lo inevitable.

—¿Tú querrá ve la Jalambra, prima?

¡Sí quiero ver la Alhambra! Pero no así; yo sola, sin que coreen mi impresión. Pecho al agua. Lo suelto.

—¡Ah!—celebra Estebanillo.—Como las inglesas...

—Has tu gusto, niña—sentencia el tío Clímaco.—Es la cosa más sana...

También el tío Clímaco se parece á su hijo mayor; pero evidentemente la sangre de la señora que descendía de reyes moros, ha corregido las degeneraciones de la de Mascareñas, en este ejemplar muy patentes. Mientras el perfil de José María tiene la nobleza de un perfil de emir nazarita, el de su padre es de rapiña y presa y se inclina al tipo gitanesco. No veo en él el menor indicio de ilustre raza. ¿Quién será capaz de adivinar los cruzamientos y los injertos de un linaje? ¿No sé yo bien que hay sus fraudes? Y que me maten si no está harto de

conocer la novela secreta de mi nacimiento don Juan Clímaco... De otra novela más popular aún procederán tal vez los rasgos, más que avillanados, picarescos, de este señor, que afecta cierta simpática naturalidad, y bajo tal capa debe de reservar un egoísmo sin freno, una falta de sentido moral absoluta. ¿Que como he notado esto en el espacio de unas horas? La intuición...

El tío Clímaco opina que haga mi gusto. Me excuso de mi falta de sociabilidad; me ponen el coche; ofrezco volver para un paseo al caer de la tarde, al laurel de la Zubia, y sin más compañía que la que nunca nos abandona, á la Alhambra me encamino.

Voy á ella... no á satisfacer curiosidades irritadas por lecturas, sino porque presiento que es el sitio más adecuado para desear amor. Y mi presentimiento se confirma. El sitio sobrepuja á la imaginación, de antemano exaltada.

No creo que en el mundo exista una combinación de paisaje y edificios como ésta. Ojalá continúe solitaria ó poco menos. Ojalá no se le ocurra á la corte instalarse aquí. Recóndita hermosura, me estorban hasta tus restauradores. Vivieras, semiarruinada, para mí sola, y desplomárase en tierra tu forma divina cuando se desplome mi forma mortal.

Mil veces me describirían esta arquitectura y no habria de entenderla, pues aislada de su fondo adquiere, en las odiosas, y, sin embargo, fieles reproducciones que corren por ahí,

trazas de cascarilla de santi-boniti. Lo que dice la Alhambra es que no la separen de su paisaje propio, que no la detallen, que no la vendan. El Partenon se puede cortar y expender á trozos. La Alhambra de Alhama no lo consiente.

No me sacio del fondo de ensueño de la Alhambra. Baño mis pupilas [en las masas de felpa verde del arbolado viejo, en las pirámides de los cipreses, en el plateado gris de las lejanías, en las hondonadas densamente doradas á fuego, recocidas, irisadas por el sol. No niego el encanto de las salas históricas, alicatadas, caladas, policromadas, de los alhamíes, cuyo estuco es un encaje, de los ajimeces y miradores, de los deliciosos babucheros, donde creo ver las pantuflas de piel de serpiente de la sultana; pero si colocamos estos edificios sobre el celaje de Castilla, sobre sus escuetos horizontes, sus desiertos sublimes y calcinados, ¡adiós magia! Son los accidentes del terreno, es la vegetación, y, especialmente, el agua, lo que compone el filtro.

A ellos atribuyo el sentimiento que me embargó—no sólo el primer día, sino todos—en la Alhambra. Sentimiento para mí nuevo. Disolución de la voluntad, invasión de una melancolía apasionada. Quisiera sentarme, quedarme sentada toda mi vida, oyendo el cántico lento y sensual del agua, que duerme perezosa en estanques y albercas, emperla su chorro en los surtidores, se pulveriza y diamantea el aire, se desliza sesga por canalillos

antiguos, entre piedras enverdecidas de musgo, y forma casi sola los jardines, ¡extraños jardines sin flores apenas! Y se desliza como en tiempo de los zegríes, como cuando aquí se cultivaba el mismo estado de alma que me domina: las mieles del vivir lánguido, sin prosa de afanes. Es agua del ayer, y en el agua que corre desde hace tantos siglos hay llanto, hay sangre; aquí la hay de caballeros degollados dentro de los tazones de las fuentes, cuyo surtidor siguió hilando, sobre la púrpura ligera, sus perlas claras. Y los pies de la historia, poco á poco, bruñeron los mármoles, todavía jaspeados de rojo.

Me dejan pasarme aquí las tardes, sin protestar, aunque Gugú—lo leo en su cara—encuentra chocante mi conducta. Si yo hubiese nacido en la Gran Bretaña, ¡anda con Dios! Ya sabemos que son alunadas las inglesas. A una española no le pega la excentricidad. Sin embargo, al cuarto día de estancia en Granada, observo que Gugú sonríe franca y amena al saber que también iré, después de almorzar, al mismo sitio. Y, cuando sentada en un poyo del mirador de Lindaraja, contemplo la gloria de luz rubia y rosa en que se envuelven los montes, suena cerca de mi oído una voz baja, intensa:

—¿En qué piensa la sultaniya?

Sonríó al primo. Ni se me ocurre formalizarme. Él, previsor, se excusa.

—Tú quisite venir sola. Venir sola, no es tanto como está sola tóa la tarde. Si estorbo...

—No estorbas. Siéntate en ese poyo, y no hables.

Obedece con graciosa y festiva sumisión. El imán de sus negras miradas, al fin, me atrae. Aparto la vista del paisaje y la poso en él.

—¿Sabes lo que pienso?

—¡Qué má quisiera!

—Me gustaría que estuvieses vestido de moro.

—¡Cosa má fácil! Aquí alquilan lo trahe; y tú puede vestirse de reina mora también, y nos hasen la fotografía. Verá qué pareja. Saide y Saída...

—He dicho mal—rectifico.—Lo que quisiera no sería que te vistieses de máscara, sino que fueses moro hecho y derecho.

—Pué, niña, moro soy. Moro bautisado, pero moro, créeme, hata el alma. Me guta lo que gutó á lo moro: flore, mujere, cabayos. Los que andan de mácara son lo granadino como mi señó hermano Estebaniyo, que me gata uno trahe á cuadro que parten el corasón, y se atisa á la sei un yerbajo caliente porque lo hasen así en Londre á la sinco. ¡Por vía de Londre! Ahora les ha entrao ese flato á lo andaluse... Nena, nosotros no hemo nasío para eso. Yo me quise educá aquí, y no soy un sabio é Gresía, pero lo señorito como Estebaniyo aún son má bruto. Aqueya tierra donde lo novio van del brazo y no se ven la cara por causa é la niebla... hasle tú fú, como el gato al perro. La vía es corta, hechiso.... y el que tiene á Graná... ¿pa qué quiere otra cosa?

Las palabras coincidían de tal modo con mi impresión, que mi cara lo descubrió.

—Y á tí te pasa iguá. Si como para en uno...

Desde aquel día, invariablemente, mi primo vino á cortejarme en el palacio de las hadas. Y yo no resistía, no exigía que se respetase mi soledad. No acertaba á sacudir mi entorpecimiento delicioso, ritmado por el fluir del agua secular, que había visto caer imperios y reinos, bañado blancos pies, tobillos con ajorcas, y que susurraba lo eterno de la naturaleza y lo caduco del hombre. Reclinada, callaba largos ratos, complaciéndome en el musical ¡rissssch! de mi abanico al abrirse. Según avanzaba la tarde, los arrayanes del patio de la Alberca, donde nos instalábamos, exhalaban amargo aroma, y el gorgoriteo del agua era más melódioso. José María ha llegado á conseguir—¡no es poco!—no echarme á perder estas sensaciones. Le admito: él cree que le aguardo...

No niego la gentileza de su sentenciosidad, que no degenera nunca en charla insípida, y, no obstante, hay á su lado el fantasma de un moro, contemporáneo de Muley Hazem, á quien pido que me descifre los versículos árabes, las suras del Korán inscritas en los frisos y en las arquerías elegantes. Y el fantasma murmura, con la voz del agua llorosa, lastimera: «Sólo Alá es vencedor. Lo dicen esas letras de oro, en el alicatado. Soy Audalla; mi yegua alazana tiene el jaez verde oscuro, color de esperanza muerta; una yegua impetuosa, toda salpicada de la espuma del freno. Soy el aman-